

Clases, Estado y crisis de la izquierda en una perspectiva europea

Giovanni Mottura

1. En los últimos diez años las economías y sociedades de los países capitalistas europeos han sido embestidas por los efectos combinados de dos factores de crisis y de inestabilidad: un proceso inflacionario relativamente intenso y un fuerte crecimiento del desempleo que perdura en el tiempo. Las consideraciones que deseo poner a discusión se refieren a algunos de estos efectos; más precisamente a algunos de los fenómenos y procesos sociales y políticos que parecen requerir especial atención por parte de quien intente trabajar en favor de una salida de la crisis que no coincida simplemente con el comienzo de una nueva fase, más dura, del despotismo capitalista. Es claro que la misma formulación del problema presupone, en quien habla, una serie de convencimientos y de posiciones teóricas que no es posible explicar y discutir adecuadamente en el ámbito de esta ponencia. Además, no siendo economista es casi seguro que algunas implicaciones incluso importantes, estarán fuera de mi arco visual. Espero entonces que el trabajo que haremos juntos en este seminario me ayude a esclarecer las ideas.

En términos generales el marco conceptual al cual me refiero me parece ampliamente coincidente con aquél usado -si bien con algunas diferencias de acentos- en las dos relaciones anteriores de Ugo Pipitone y de Arthur MacEwan: se trata de un marco basado en la idea de que los procesos y los fenómenos que estamos discutiendo son el resultado de la articulación de las economías capitalistas en tres grandes sectores (monopolista, competitivo y público) y de las interacciones que se desarrollan entre ellos. Bajo esta visión las diferentes connotaciones específicas que la crisis en acto asume -en términos económicos, sociales e institucionales- en los distintos países aquí representados, aparecen como consecuencias del diferente peso relativo que cada uno de estos sectores ejerce actualmente e históricamente

en cada una de las economías nacionales, y del hecho en que ellas la influencia más o menos marcada del sector monopolista aparezca como fenómeno históricamente endógeno o prevalentemente exógeno (1).

En este marco parece que deben ser individuados los distintos aspectos del problema que Pipitone ha llamado "originalidad histórica" de la crisis en acto. Tal problema parece consistir en el impacto cuantitativo y cualitativamente diverso de la cuestión energética en las diferentes economías, y en la posibilidad que las clases dominantes tienen de formular y poner en acto medidas de política económica capaces de hacer frente adecuadamente a la exigencia inmediata de control social y político. Medidas que, al menos, no sean contradictorias con la exigencia de elaborar nuevas estrategias que tengan en cuenta la inevitabilidad de los procesos de profunda reestructuración que serán impuestos por el mismo problema estratégico, tanto en lo referente a la división internacional del trabajo como a los procesos de trabajo y a las relaciones de producción y distribución en los distintos sectores.

A mi manera de ver es importante -aunque pueda parecer obvio-tener presente que estos procesos abarcan no solamente el comienzo, bajo muchos aspectos, de una nueva fase de las relaciones entre las clases (de lo cual se deriva la creciente necesidad de profundizar en el análisis del papel y de las transformaciones del Estado), sino, sobre todo, los cambios significativos en la estructura y en la estratificación interna de cada clase, o sea en la geografía conjunta del tejido social.

La hipótesis implícita en las consideraciones (inevitablemente esquemáticas) desarrolladas en las páginas que siguen, es que de la lectura de los acontecimientos europeos, e italianos en particular, de los últimos treinta años, es posible sacar algunas indicaciones relevantes sobre la dirección de tales procesos de transformación social y sobre los fenómenos políticos conexos (entendidos como búsqueda y parcial experimentación de nuevas formas de agregación por un lado y de nuevos instrumentos y procedimientos de control social por otro).

Antes de entrar en el análisis quisiera completar esta premisa con algunas consideraciones ulteriores de carácter general, sobre varios nudos teóricos y de comportamiento político que en la fase actual se reproponen dramáticamente a los movimientos obreros de los países capitalistas.

2. En primer lugar me parece útil recordar que la experiencia de los últimos 60 años ha conducido al movimiento obrero a enfrentarse, de manera siempre más directa, con un problema decisivo bajo muchos aspectos: aquel que un escritor italiano sintetizaba hace algún tiempo con la frase: "el socialismo no es inevitable". Las posibles lecturas de esta afirmación son muchas y no todas fácilmente conciliables. Para los fines de ese discurso se pueden desarrollar tres derivaciones:

El rechazo del determinismo economicista que ha influenciado profundamente en forma y con resultados diferentes la teoría, las estrategias y los modelos organizativos, tanto de la Segunda como de la Tercera Internacional, y que se ha transmitido (en formas a menudo caricaturescas y empobrecidas) a muchos epígonos (2).

La revalorización del trabajo de masas entendido como proceso continuo y racionalmente estructurado de encuestas, en que se desarrolla concretamente -a través de la constante tensión dialéctica entre práctica y teoría- el trabajo científico de verificación de dos hipótesis de fondo: la posibilidad de una revolución proletaria que elimine las relaciones capitalistas de producción, y la posibilidad de que es-

ta revolución abra el camino para la edificación de una sociedad sin clases (3).

La revalorización de una concepción de la revolución como proceso que comienza mucho antes y se concluye mucho después de la conquista del poder político y que -sobre todo- se compone de una serie de fases cuyos resultados parciales no pueden jamás ser asumidos, a priori, como garantizados o consolidados. Por lo tanto, el rechazo de cualquier concepción de la revolución como acto palingénico terminal de una cadena necesaria de acontecimientos, cada uno de los cuales resume y supera todos los anteriores; y el rechazo de la concepción de la militancia revolucionaria como resultado de una decisión ética subjetiva de subordinación de toda satisfacción inmediata a las exigencias de un "ideal" (núcleo de las varias teorizaciones represivo-sublimatorias del "revolucionario profesional") (4).

3. Una última consideración sobre ese punto que quisiera se discutiera colectivamente en estos días. Me parece que debemos intentar hacer las cuentas con la actitud acentuadamente ideológica (en el sentido peyorativo en que Marx usa esta palabra), con la cual ha sido enfrentado, por la mayoría del movimiento obrero y por los intelectuales ligados a ellos, el problema de las crisis económicas en el capitalismo.

El carácter ideológico de las "teorías" de las crisis (o más precisamente de los estudios acerca de cada fase crítica) me parece atestiguado antes que nada por un hecho. En la mayor parte de los análisis en cuestión, el objetivo no parece ser esclarecer las líneas operativas eficaces para la orientación de una línea anticapitalista colectiva (cosa que parecería necesaria, si el estudio de los mecanismos que interactúan a nivel social fuera conducido sobre la base de la hipótesis de que tales mecanismos pueden tener como resultado, tanto un debilitamiento como una regeneración del despotismo capitalista). Por el contrario, en general el objetivo parece consistir en la exhibición -en formas más o menos refinadas técnicamente- de "ulteriores elementos de prueba" que sostengan la tesis del debilitamiento progresivo del capitalismo, premisa indispensable para proclamar su "derrumbe inevitable" y la "inevitable venida del socialismo".

Entre las numerosas observaciones que se podrían hacer acerca de los peligros implícitos y de los daños de una actitud como ésta, una, me parece que surge con especial evidencia: en ese enfoque del problema de las crisis económicas parece encontrarse las raíces del grave retraso de la elaboración marxista (al menos para lo que se refiere a Europa) acerca de las transformaciones del Estado y del papel que este juega en las sociedades capitalistas avanzadas, transformaciones que tienen su origen histórico en el período posterior a la gran crisis, y que han llevado importantes cambios en la composición y en los equilibrios internos de los mismos bloques sociales dominantes.

Y esto no me parece un retraso pequeño: constituye una de las más evidentes y peligrosas debilidades teóricas de la así dicha "doctrina euro-comunista" (incluso cuando reafirma la "prioridad de la política"). Dificilmente podría parecer casual el hecho de que, justamente frente a las graves dificultades generadas por la crisis en curso, las posiciones sostenidas por los partidos "euro-comunistas" se sintetizan en una línea que presenta como prioritario el problema de la inflación (problema que, plantean, requeriría una política de "solidaridad nacional" con la participación de todos los partidos de izquierda en los gobiernos nacionales), subordinando a su solución -o por lo menos al inicio de una tendencia a la atenuación de las actuales corrientes inflacionistas-cualquier posibilidad realista de plantear los

graves problemas cuantitativos y cualitativos de la ocupación y de promover las grandes reformas de las cuales se habla hace mucho (5).

En las páginas siguientes intentaré dar algunos ejemplos de cómo estos límites se presentan incluso como resultado de la escasa capacidad de analizar adecuadamente, en términos de clase, la sociedad en cuestión.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL DESEMPLEO EN EUROPA EN LA SEGUNDA POST-GUERRA

Para encontrar niveles de desempleo *explícito* parecidos a los actuales en Europa, es necesario regresar más de treinta años a la fase de reconstrucción del fin de la segunda guerra mundial y a la caída del fascismo alemán e italiano y de sus satélites menores. Ese período se caracterizó por fuertes tensiones políticas y sociales que en la mayor parte de los países no podían encontrar una composición -por dialéctica que fuera- en aparatos institucionales que necesitaban ser "reconstruídos" tanto como necesitaban ser reconstruídas las mismas economías. En esa situación el problema del desempleo asumía las dimensiones de una cuestión vital para todos los actores sociales. La capacidad de formular y poner en acción respuestas adecuadas no parecía únicamente como problema de utilización eficiente de los instrumentos de política económica. Las dimensiones mismas del conflicto del cual se salía, la profundidad y la intensidad con la que habían sido involucradas todas las capas y los grupos sociales, y el resurgimiento de profundas contradicciones entre las clases, se planteaban como factores de maduración de una conciencia política de masas que convertía en irrealista toda idea de pura y simple restauración de los equilibrios políticos e institucionales pre-facistas (6). Las expectativas de cambio, el fuerte incremento de la sindicalización y los efectos destructores de la guerra, confluían para hacer de los años de post-guerra un período de inestabilidad social acentuado, respecto al cual dos problemas básicos del *desempleo explícito* y de las *dificultades de abastecimiento de bienes de consumo primario* amenazaban convertirse en una bomba de tiempo.

Ese riesgo no se presentaba con la misma intensidad en los distintos países europeos. Aunque los problemas de fondo fueran los mismos, dos elementos modificaban su importancia relativa: en primer lugar, la diversidad entre las estructuras económicas, institucionales y culturales de las diferentes formaciones histórico-sociales nacionales; en segundo lugar, la distinta medida de los daños materiales sufridos en el curso de la guerra. Respecto a ese segundo elemento es necesario observar que en todos los países en cuestión los grupos sociales dominantes intentaron utilizar esa situación como argumento para neutralizar las contradicciones de clase resurgentes y realzar el slogan del orden y de la solidaridad nacional. Pero esa política fué eficaz solamente donde los daños de la guerra habían sido

tan grandes como para convencer incluso al proletariado (7).

Conviene recordar a propósito, otro elemento que posteriormente se revelaría importante. Los países más golpeados por la guerra, en términos materiales, lo habían sido también en términos de vidas humanas; eran países que habían sufrido una drástica caída de su propia fuerza de trabajo. En estos países el esfuerzo de reconstrucción de la economía nacional podría presentarse, de una manera más realista, como el camino para una reabsorción bastante rápida de toda la fuerza de trabajo desempleada. El problema de fondo para las clases dominantes que guiaban la reconstrucción y la reactivación de estas economías era más bien aquél de una *insuficiente disponibilidad de sobrepoblación relativa* (acerca de la utilidad de esta categoría marxiana volveremos posteriormente). No asombra pues comprobar que justamente estos mismos países europeos (y en especial aquellos para los cuales la guerra había significado la pérdida de las colonias, Alemania en primer lugar) se hayan convertido rápidamente en importadores de mano de obra, obligándose a encontrar en otros países -en la misma Europa prevalentemente- las cuotas diferenciales de fuerza de trabajo que necesitaban. Por otro lado, esta solución presentaba para los grupos dominantes la doble ventaja de aumentar la flexibilidad y maniobrabilidad de la misma fuerza de trabajo y de introducir múltiples obstáculos a la recomposición política y sindical del proletariado "nacional" en términos de clase.

Al lado de estos países había otros en los cuales los altos niveles de *desempleo explícito* de la post-guerra, representaban nada más que la punta de un iceberg, cuya base sumergida estaba constituida justamente por las cuotas extremadamente grandes de sobrepoblación relativa, latente o estancada, "congeladas" sobre todo en la agricultura y en los sectores marginales artesanales o en el sector terciario público y privado.

Pero el peso de esta componente en la composición del proletariado de estos países, su fragmentación en una multiplicidad de formas sociales, cuyas condiciones de trabajo y de ingreso eran determinadas por formas contractuales aparentemente arcaicas (por lo que se refiere tanto a los contratos de trabajo como a los de concesión de tierras para el cultivo); y la difusión de subempleo endémico, eran otros tantos elementos que si por un lado (sobre todo por el hecho de estar en gran parte concentrados en términos territoriales) aparecían especialmente vistosos y eran por eso objeto de discusión y de enfrentamiento político, por otro lado contribuían a disfrazar el hecho de que se trataba de *sobrepoblación relativa* en la aceptación marxista del término. En efecto, más que productos de la naturaleza capitalista del proceso de acumulación en las economías desarrolladas y mecanismo esencial para su propia reproducción, aquella condición del proletariado y de amplias fracciones de la pequeña burguesía tendía generalmente a ser interpretada como un indicador del *atraso de conjunto* de los sistemas en cuestión.

En otras palabras -en términos históricos y teóricos- la que hubiera podido ser una ocasión única para aplicar de manera nueva la categoría de la *sobrepoblación relativa* al estudio de las áreas *subdesarrolladas* (o *marginales*) internas a las áreas metropolitanas (8), fué entonces tratada sustancialmente por las izquierdas mismas, y no obstante las diferencias de lenguaje, como confirmación de la hipótesis malthusiana de la relación entre inversiones y empleo.

Desarrollemos un ejemplo sacado del caso italiano a fin de aclarar ese punto (pero ejemplos análogos podrían sacarse de la historia de otros países europeos como España, Francia, Grecia o Yugoslavia).

En los veinte años anteriores al fin de la segunda guerra mundial la industria se había convertido en el sector principal de la economía italiana en términos de incidencia sobre el producto nacional bruto. Paralelamente la incidencia de la producción agrícola había pasado del 38% al 25% sobre el mismo producto nacional bruto. No obstante, al término de este período los trabajadores agrícolas seguían representando poco menos de la mitad del total de la población activa del país. En otros términos, las formas en que la industrialización del país había dado con intensidad particular después de la grande crisis, no habían comportado un aumento importante en la demanda de fuerza-trabajo industrial. Estas formas habían provocado profundas modificaciones en el tejido social y económico del campo: en el mismo período del porcentaje de *asalariados*, en el total de los trabajadores agrícolas, había pasado del 44% al 28%, mientras se daba un gran aumento, en varias formas, de las figuras campesinas no propietarias y afectadas por una condición de subempleo crónico.

En otras palabras (y no es una constatación de poco relieve si se piensa en los lugares comunes del evolucionismo en que se inserta la cultura en que vivimos) una agricultura que buena parte de la primera década del siglo había alcanzado notables niveles de desarrollo capitalista, veinte años después presenta las características estructurales de una agricultura "atrasada", prevalentemente campesina y con la grave presencia de campesinos pobres (9).

Es solamente un ejemplo particular. Sin embargo datos como estos apoyan la hipótesis que una buena parte del *desempleo real* existe en Europa (y concentrado prevalentemente en algunos países o áreas) no fuera evidenciado, en la post-guerra, por los datos acerca del *desempleo explícito*. Y sobre todo que una buena parte de aquel no fuera un fenómeno coyuntural (aunque sea de dimensiones insólitas y socialmente peligrosas) sino más bien una característica estructural de estas sociedades, característica directamente ligada a la naturaleza capitalista de las relaciones de producción, y esencial para comprender los modelos de desarrollo en los cuales se inspiraban entonces las opciones dirigidas a garantizar la continuación del proceso de reproducción ampliada.

Retomando el discurso inicial, esto hacía peligroso para los grupos do-

minantes los conflictos que nacían de las dimensiones alcanzadas por el desempleo explícito: el riesgo que tales conflictos funcionaran como catalizadores de un proceso de soldadura consciente entre las reivindicaciones de los ocupados, las luchas de los desocupados explícitos y las tendencias endémicas a la rebelión de las capas proletarias que constituían la sobrepoblación relativa latente y estancada.

A este propósito -y no es por pedantería-es oportuno recordar las palabras de Marx que cierran el tercer párrafo del capítulo XIII del Capital: "El Capital actúa simultáneamente por dos lados. Por un lado su acumulación aumenta la demanda de trabajo, por otro aumenta la oferta de obreros mediante su puesta en libertad, y simultáneamente la presión de los desempleados obliga a los obreros ocupados a volver líquida una mayor cantidad de trabajo, rindiendo así la oferta de trabajo, en una cierta medida, independiente de la oferta de obreros. El movimiento de la ley de la demanda y de la oferta de trabajo sobre la base lleva a cumplimiento el despotismo del capital. Apenas -continúa Marx-los obreros penetran el misterio y se dan cuenta de cómo puede suceder que cuanto más trabajan tanto más riqueza producen para otros, cuanto más aumenta la productividad de su propio trabajo tanto más precaria se hace su propia función como medio de valorización del capital, apenas descubren que el grado de intensidad de la concurrencia entre ellos mismos depende totalmente de la presión de la sobrepoblación relativa, apenas entonces, buscan por medio de sindicatos, etc., organizar una cooperación sistemática entre los obreros ocupados y los desocupados para romper o debilitar las ruinosas consecuencias que aquella ley natural de la producción capitalista ejerce sobre su propia clase, entonces el capital y su delator -el economista-gritan por la violación de la 'eterna' y por así decir 'sagrada' ley de la demanda y de la oferta. Toda solidaridad entre obreros ocupados y obreros desocupados entorpece de hecho la acción 'pura' de aquella ley".

Un elemento de esta cita es especialmente importante para los fines de nuestro discurso: la precisión de Marx acerca del hecho de que la simple existencia de proletarios desempleados no constituye un problema para los capitalistas (al contrario es uno de los instrumentos mejores de que disponen para controlar la composición del capital), ni -al límite-juzgan sustancialmente peligrosas las posibles consecuencias de las luchas, incluso ásperas, de los ocupados *en cuanto tales* o de los desempleados *en cuanto tales*. Sin embargo, el verdadero límite de peligrosidad, más allá del cual se pone en discusión la posibilidad misma de relaciones sociales y económicas capitalistas, es aquel que separa tales luchas de la búsqueda de una *cooperación sistemática* entre ocupados y desocupados.

Estamos aquí frente a un aspecto central del discurso sobre la relación praxis-teoría, o sea, sobre la conexión dialéctica entre conocimiento mejor de la realidad y capacidad de alterar los mecanismos fundamentales, conexión que constituye uno de los hilos ininterrumpidos que recorren toda

la obra de marx. Será necesario tener cuenta de ello cuando se pase al examen de las dificultades en las cuales se debate el movimiento obrero europeo frente a la crisis. En todo caso es útil recordar que algunas de las carencias más graves que se plantean hoy con renovada evidencia no son nuevas.

En todos los países europeos -no obstante la intensidad de los conflictos sociales y no obstante que en algunos de ellos el papel dirigente fuera ejercido por fuerzas sindicales y políticas marxistas con una gran base de masa, como en Francia y en Italia- los años de la post-guerra pusieron de relieve graves atrasos y la incapacidad de plantear procesos organizativos sistemáticos en la dirección apuntada anteriormente.

Incluso en las fases de las luchas más agudas, el frente mantiene en general características de fragmentariedad entre grupos y categorías, fragmentariedad en relación a la cual el poder unificador de los slogans generales -cuando existían- se mostró bastante ilusorio. El discurso sobre el desempleo se limitó sobre todo a las capas de desempleados explícitos, mientras el más amplio y complejo problema de la sobrepoblación relativa tendía a ser fragmentado en una serie de capítulos sectoriales cuyas interconexiones nunca se convertían en objeto, ni de una reflexión explícita y articulada, ni de iniciativas políticas de conjunto de amplia cobertura (la cuestión campesina, los problemas de las áreas deprimidas, los sectores industriales atrasados etc.).

No parece excesivo sostener que esa gran debilidad interna del movimiento obrero organizado haya constituido uno de los elementos que hicieron posible, en los 50, la reconstrucción de las economías europeas como restauración del despotismo capitalista en la esfera de la producción y como reactivación de la hegemonía moderada en la esfera política y social.

LOS AÑOS DE LOS "MILAGROS ECONOMICOS" Y SU FIN

El desarrollo de la tasa media de desempleo explícito entre 1950 y mediados de los 60, pone en evidencia los éxitos obtenidos por las orientaciones prevalecientes en la política económica de los distintos países de Europa occidental. De una tasa media igual al 4.5% en 1950 se pasa al 1.5% en 1960 y ese último valor se mantiene prácticamente constante -con algunas leves oscilaciones- en los cinco años posteriores (11). Pero, aunque estos valores reflejen procesos reales de expansión industrial en distintos países -con alguna diferencia de intensidad y con algún desfase temporal-, su lectura debe hacerse considerando algunos hechos que conviene citar esquemáticamente.

a) Para una parte de estos países las cifras expresan el resultado de una

política económica que ha invertido y reestructurado -de manera relativamente equilibrada- la totalidad del tejido productivo y de servicios, adecuando a esta evolución el marco administrativo e institucional (de ese grupo hacen parte por ejemplo Alemania Federal, Holanda y Austria). También Francia parece hacer parte de este grupo de países, sobre todo después de la amplia reforma institucional y de la liquidación de los conflictos coloniales operada por De Gaulle. En otros países -Italia por ejemplo- las cifras representan un conjunto de realizaciones obtenidas dirigiendo la parte más significativa de los recursos disponibles hacia la financiación de los sectores industriales considerados de vanguardia (12) y destinando simultáneamente una cuota muy relevante de recursos, en la forma de gasto público, al mantenimiento del status en otros sectores (agricultura y buena parte del terciario). A estos últimos sectores se atribuían dos papeles fundamentales en la evolución de mediano -largo plazo de los sistemas interesados: en primer lugar, congelar el exceso de fuerza de trabajo para frenar así un exceso de oferta en el mercado de trabajo y, en segundo lugar, proporcionar una parte decisiva del consenso popular a las fuerzas políticas moderadas que guiaban aquel desarrollo y controlaban la erogación del gasto público. Ejemplos de este segundo aspecto de la política económica en Italia son las leyes de fines de los 40 y comienzo de los 50 dirigidas a favorecer el acceso de los campesinos a la pequeña propiedad, que culminan en la reforma agraria de 1950-56. Leyes que, bajo ese perfil, aparecen sustancialmente como una respuesta institucional y políticamente distinta al problema de fondo enfrentado por el fascismo en términos de "campesinización" (13).

Parece bastante natural que, a una situación estructural rica en desequilibrios y articulada de esta manera, correspondiera, en ese segundo grupo de países (y más explícitamente en aquellos en que no servían formas de gobierno explícitamente fascistas como España y Portugal), una estructura institucional, administrativa y política mucho menos homogénea que los primeros, con vistosos desequilibrios internos en términos de eficiencia, de capacidad de control, de "modernización", pero también con el mayor grado de elasticidad, necesaria para ejercer de manera eficiente las funciones de control en sociedades en las que estaban presentes elementos tan marcados de heterogeneidad.

b) En esa perspectiva la caída de la tasa de desempleo hasta 1976 afectó sobre todo el desempleo explícito. Pero mientras en los países del primer tipo se produjo una situación de pleno empleo del proletariado nacional, descargando sobre los trabajadores extranjeros los efectos de las fluctuaciones coyunturales que se dieron en el período (14), en los otros países significó la confirmación del papel de *ejército de reserva europea* para una porción muy notable de la misma población empleada, generando y perpetuando en el propio tejido productivo una serie de *dualismos*, con repercusiones evidentes en la propia estructura social, territorial y también

administrativa e institucional.

c) Se ha ido creando así una situación general (bajo muchos aspectos reflejada y confirmada en las consecuencias de los acuerdos que creó la Comunidad Económica Europea) que por un lado se presenta desequilibrada y heterogénea en términos de comparación entre las diferentes formaciones socioeconómicas nacionales, pero que por otra parte, se presenta en cambio en *estado avanzado de integración* desde el punto de vista del mercado del trabajo, englobado desde siempre -bajo ese aspecto-, países que todavía no son miembros de la Comunidad como España, Grecia, Yugoslavia, Portugal, Turquía. Entre 1966 y 1973 las oscilaciones de la tasa de desempleo explícito se han ido acentuando (15). Al finalizar ese período la tasa supera el 2%, abriendo así una fase de crecimiento que ha sobrepasado el 5% en 1978 y que sigue en curso hasta la fecha.

Para entender la complejidad de los problemas, basta pensar que un documento de la CEE, de 1977, estimaba en 7 millones los trabajos que habrían tenido que crearse en 3 años, considerando también el previsible incremento de la oferta de la fuerza de trabajo, si se quería reconducir la tasa del desempleo en 1980, a niveles razonables según el standar europeo (3%). Tres años después es necesario tomar conciencia de que la tasa actual es igual al 6%.

Paralelamente ha surgido en la última década una tendencia constante a la disminución de la tasa de crecimiento anual del salario real per cápita (que ha pasado del 4% al 2,8%), y al aumento de la tasa anual de inflación que ha pasado del 3,8 al 9,1%.

Referente a la estructura del empleo, es interesante observar que frente a la reducción de la tasa de crecimiento del empleo no agrícola (del 1.6% al 0.7% anual), se está dando en todos los países (comprendidos aquellos -como Italia- que en los últimos treinta años habían mostrado ininterrumpidamente altos ritmos de éxodo de la agricultura) un aumento de la población agrícola. Ese aumento -considerando los datos disponibles- parece estar determinado fundamentalmente por un crecimiento en el número de los trabajadores agrícolas autónomos o dependientes, considerados como "ocasionales" o "temporales" o sea como trabajo precario sin garantías legislativas.

De tal manera, lo que parecía una tendencia contrastante del sector agrícola respecto a los otros sectores, se muestra en cambio como un aspecto especial del movimiento general que acompaña el aumento del desempleo explícito: vienen a la luz componentes de la oferta de la fuerza de trabajo anteriormente de difícil cuantificación (mujeres, jóvenes, ancianos ya jubilados), y se extiende de hecho -hasta asumir las dimensiones de un verdadero factor de reestructuración de sectores productivos enteros- el área multiforme y fragmentada de trabajo "negro" (trabajo a domicilio, contratos a tiempo determinado, doble trabajo, emigración estacional, etc.) (16).

En otros términos, el momento actual parece caracterizarse como una *fase de transición* en la evolución de la estructura del empleo, fase en la cual se van combinando -hasta formar un tejido muy complejo-elementos aparentemente muy heterogéneos y hasta contradictorios: el desempleo explícito, el doble empleo, la constante marginación de los jóvenes, la reestructuración "regresiva" de sectores productivos enteros por medio de la adopción de modelos de división y de organización de trabajo que desembocan, por un lado, en formas a veces extremas de descentralización, pero a menudo y *contemporáneamente*, en la introducción de tecnologías avanzadas.

Siguiendo la utilización de esta categoría, se puede concluir que uno de los efectos más vistosos de la crisis actual (aquel que mejor la define a los ojos del proletariado como crisis *capitalista*) consiste justamente en la ampliación de las filas de la sobrepoblación relativa como *forma de ocupación real* si bien ignorada (o sea considerada oficialmente como población no activa), subestimada, o incluso considerada como desempleo explícito (17).

Con fuerza renovada los efectos sociales vuelven a poner en el tapete (y en condiciones ampliamente modificadas) al menos uno de los problemas de fondo con los cuales los sindicatos y los partidos de izquierda no habían sabido enfrentarse eficazmente -ni en términos prácticos, ni menos a nivel teórico-, en los años de la post-guerra. Por medio de algunos ejemplos consideremos el tipo de respuesta y el tipo de contradicciones que surgen hoy frente a ese problema.

LOS SINDICATOS Y LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA EN LA FASE ACTUAL

Los comportamientos y las líneas seguidas por el movimiento obrero de los países europeos en la situación actual aparecen considerablemente condicionados por dos factores principales: por las políticas y las actitudes de los respectivos gobiernos frente a los problemas de la crisis y por las reacciones que han ido surgiendo progresivamente entre los trabajadores frente, tanto a las políticas gubernamentales como, más en general, frente a las dificultades ligadas con la misma crisis (aumento constante de los precios de los bienes salarios, aumento que es más rápido que los incrementos salariales; tendencia al aumento de la represión en el lugar del trabajo y en la sociedad, aumento de la presión del ejército de reserva en el mercado de trabajo, etc.).

En cuanto a los gobiernos, en la mayor parte de los países -y más allá de la especificidad de las medidas adoptadas-la actitud prevaleciente en los últimos años en materia económica parece haber sido de *relativa cautela* (18). Por un lado, el temor de estimular ulteriores procesos inflacio-

narios y de acentuar los desequilibrios en la balanza de pagos parecen haber puesto fuertes límites a la posibilidad de adoptar medidas capaces de incrementar adecuadamente la ocupación, por otro, el temor de las repercusiones políticas de un aumento aún más fuerte del desempleo, obstaculiza el planteamiento de procedimientos suficientemente drásticos de deflación. La difundida sensación de impotencia y de incertidumbre que estos comportamientos inducen a nivel social y que en los países más débiles se traducen en percepciones de verdadero vacío de poder (véase el caso extremo de Italia, del cual sin embargo, no están muy lejos otras situaciones como la española, la inglesa, e incluso la francesa), tiende a ser enfrentada coyunturalmente por los *establishments* por medio de una acentuación constante de las medidas represivas tanto a nivel legislativo como judicial y policíaco, medidas favorecidas por fenómenos políticos aberrantes como las formas de terrorismo surgidas con la profundización de la crisis, pero que muestran la tendencia a golpear también los sectores más amplios del movimiento obrero.

Pero aparte ese aspecto de la situación, sobre el cual volveremos, no parece haber dudas acerca de que uno de los objetivos que los gobiernos de estos países no pueden ignorar, y al cual parece ligada la relativa moderación en política económica (no demasiada inflación -no demasiada deflación), sea el de corresponsabilizar en la gestión de esta política a las fuerzas que se presume controlan la mayoría de la clase obrera y de las capas sociales a ella ligadas.

En primer lugar, eso significa obtener que los sindicatos, incluso aquellos ligados a los partidos de izquierda, asuman un papel sistemático de *interlocutores de los gobiernos*. Esto obviamente implica una serie de contradicciones potenciales a nivel jurídico y político: tanto al interior, donde sectores importantes de los mismos bloques dominantes oponen fuertes resistencias a ese diseño, por el temor de que conduzca a la concretización de dos riesgos: un fuerte crecimiento de control del estado en la economía y un excesivo aumento paralelo del poder sindical; como en el plano internacional considerando la ubicación de estos países en el "bloque occidental".

Por otro lado, el problema se plantea en términos no distintos incluso en los países "fuertes" de Europa Occidental. Por ejemplo, las potencialidades "homogenizadoras" de ese hecho que no parecen extrañas a la intensificación de la búsqueda de contactos entre el Partido Comunista Italiano y el Partido Social-Demócrata Alemán en los últimos años (19).

Para evaluar qué resultados puede tener esa orientación en los distintos países, es necesario considerar cómo se configuran en los mismos la presencia y la acción de los sindicatos (20).

En algunos países los sindicatos están comprometidos institucionalmente en la política gubernamental, ligados a los partidos de gobierno y fuertemente centralizados. En otros, discuten regularmente con el gobier-

no los temas de política económica, legitimándose en los contactos con los partidos de oposición que representan una posible solución alternativa a nivel gubernamental. En otros, representan tradicionalmente la única oposición estructurada a nivel social.

Ese abanico de situaciones tiene raíces lejanas, aunque no es inútil recordar que a menudo estas raíces, se han entrecruzado históricamente de manera estrecha. En cualquier caso es seguro que la situación actual se ha consolidado después de la segunda guerra mundial, y también es seguro que en los veinte años entre 1950 y 1970, con algunas diferencias para lo que se refiere a la periodización de los acontecimientos, todos estos sindicatos logran ejercer una influencia no secundaria en la distribución del ingreso.

Las diferencias relevantes para los fines de nuestro análisis no se refieren tanto a la influencia de los sindicatos en la política económica de los gobiernos, como a las relaciones entre sindicatos y estructura del proletariado de cada país, en la medida en que se trata de un elemento condicionador de las relaciones que se han establecido entre las distintas áreas económicas europeas. En otros términos, subrayando, lo que ya se dijo, también en este caso es necesario considerar el distinto significado y las distintas consecuencias que han tenido las tendencias comunes de los sindicatos a limitar su propia influencia a los sectores "fuertes" del proletariado, y la lucha contra el desempleo, a la tutela de los *desempleados explícitos*.

Aunque haya significado una discrepancia entre línea sindical y realidad del proletariado, en los países que utilizan abundante mano de obra extranjera, esa política ha significado limitar la definición de "pleno empleo" a la fracción *nacional* del proletariado, aceptando así que se transfiera sobre los trabajadores extranjeros los costos de la exigencia capitalista de "flexibilidad de la fuerza de trabajo". Por otra parte, para los países que exportan mano de obra ha significado excluir una amplia parte de la sobrepoblación relativa de los elementos que pueden contribuir activamente a la elaboración de las estrategias sindicales (21).

En los dos casos, por un largo período, esta impostación general ha producido una tendencia al aumento de los salarios. Ello se ha traducido, en el primer tipo de países, en una acentuación de las diferencias entre fracción "nacional" y fracción extranjera de proletariado (sobre este punto se podría hacer referencia a muchas de las observaciones de Engels sobre la clase obrera inglesa). Mientras, en los países del segundo tipo, se ha traducido en una mayor capacidad del proletariado "fuerte" de afirmar una especie de autonomía privilegiada frente a las fracciones "débiles" de la clase.

En los últimos años las cosas se han modificado drásticamente. Después de 1874-75 los salarios en Europa se han estabilizado y el desempleo, como se ha dicho, rebasó los niveles de la post-guerra. Hasta hoy no pare-

ce que eso haya afectado la influencia de los sindicatos y su fuerza organizativa, pero el hecho mismo de que buena parte de sus grupos dirigentes parece estar condicionada por la alternativa planteada por los *establishments* ("altos niveles de salario monetario se pueden obtener solamente con niveles más elevados de desempleo"), ya ha desencadenado amplias reacciones en muchos países, tanto en la base de los afiliados como entre los activistas y los funcionarios de base. Y estas reacciones -aunque ampliamente condicionadas todavía por la idea de poder influir desde adentro sobre la orientación de los sindicatos-difícilmente podrán ser exorcizadas con llamados ideológicos, con represión a través de la vía disciplinaria, ya que se fundamentan esencialmente sobre una situación de hecho compartida a nivel de masa: sobre la experiencia directa de los efectos de la inflación o sea, del hecho de que los aumentos salariales son necesarios, sino para mejorar las condiciones del trabajo dependiente, al menos para mantener las condiciones ya conquistadas en el pasado.

En algunos casos (Italia es un buen observatorio, ya que los mismos organismos sindicales de fábricas actuales han sido conquistados por medio de luchas fuertemente politizadas a fines de los años 60), han originado una profunda reestructuración democrática de la organización sindical. A su vez, los vértices sindicales han intentado reaccionar a las orientaciones de la base, haciendo llamados a la responsabilidad de convertir en objeto de negociación -a cambio de la aceptación de "sacrificios" por parte de los obreros ocupados-nuevas inversiones y medidas legislativas adecuadas para favorecer los sectores y las áreas menos desarrolladas, así como los grupos marginados (jóvenes, mujeres, jubilados, etc.), y una intervención más enérgica del Estado para la solución de algunas contradicciones tradicionales (el problema de la casa, de la justicia fiscal, del sistema de asistencia médica, de los transportes públicos, etc.).

Las objeciones más difundidas parecen ser fundamentalmente de dos tipos:

En primer lugar, sobre la base de la experiencia de los últimos 20 años, se observa que todos los avances y éxitos obtenidos, respecto a ese tipo de problemas, no han sido normalmente, el producto de una declarada propensión a los "sacrificios" de la clase obrera, sino por el contrario, el fruto de los momentos "calientes" de la lucha sindical y política de la clase, y de su capacidad de crear y mantener en actividad organismos de control de las decisiones capitalistas, tanto en los lugares de trabajo como a nivel social.

En segundo lugar, se observa que el llamado a solidaridad de clase, lanzado por una parte de los dirigentes sindicales -además de ser intrínsecamente contradictorio con la aceptación de la tesis patronal acerca del "pastel que no puede ser ampliado pero que puede ser repartido más equitativamente"-está explícitamente en contradicción con la debilidad teórica tradicional, y, sobre todo, organizativa de los mismos sindicatos, justo

en los sectores sociales en los que prevalece el *ejercito de reserva*.

En el plano de la práctica social inmediata, una confirmación directa y puntual de estas objeciones, han sido las incertidumbres y desconfianzas que, incluso en los últimos años, han caracterizado la actitud de los sindicatos en relación con los conflictos recientes en que se han comprometido fracciones importantes de aquellos sectores. Piénsese -para citar solamente pocos casos entre los más claros desde el punto de vista de la composición de clase-en las formas, histórica y políticamente nuevas, de *organización autónoma* de los desempleados de Nápoles, de los movimientos "espontáneos" de ocupación de casas populares que se han extendido en los años 70 a distintos países europeos. Piénsese en el crecimiento de las formas organizativas de nuevo tipo en los momentos más vivos de las luchas de las fracciones "débiles" de la misma clase obrera ocupada en el sector "concurencial" y en el "público" (por ejemplo, siempre en los años 70, el movimiento de los obreros turcos en Alemania, el de los trabajadores de los servicios y de los transportes en Italia, Inglaterra, España, etc.); en las varias explosiones de movimientos reivindicativos, fuertemente ligados con aspiraciones de autonomía cultural y territorial; en el surgimiento impetuoso de la búsqueda de una identidad femenil específica en el interior mismo de los sindicatos, etc.

Fracciones siempre más importantes de la sobrepoblación relativa -bajo el empuje del continuo aumento de precios de los bienes de salario, de los efectos de la contradicción del gasto público en los servicios, de la represión creciente que constituye una parte esencial del modo como los Estados enfrentan la crisis económica-salen a la luz como protagonistas de conflictos y buscan (encontrándolos en algunos casos) vinculaciones con las oposiciones internas de los sindicatos.

Independientemente de las reivindicaciones explícitas que plantean, a partir del momento en que se convierten en sujetos de luchas y de instancias organizativas, estos sectores del proletariado representan, no solamente un importante obstáculo a la aceptación por parte de los sindicatos de cualquier forma de *pacto social*, sino, sobre todo, *una demanda de modelos organizativos y de estrategias alternativas*.

Es interesante notar que -de acuerdo con las observaciones de Marx al respecto-en ese caso las alternativas han terminado por referirse, no tanto a la superación de las contradicciones de la sociedad capitalista, sino más bien a la reproducción de esa misma sociedad en cualquier forma.

Para completar el cuadro es necesario añadir que amplios sectores de los mismos bloques dominantes, oponen fuerte resistencia a la adopción de políticas dirigidas a involucrar a los sindicatos en las decisiones de política económica, por el temor de que eso puede originar la participación de los trabajadores en los beneficios, la reducción del horario de trabajo, el control de las inversiones y, más en general, un cambio del estado actual de las relaciones industriales y una creciente interferencia del Estado

en el terreno de la política del trabajo, del mercado del trabajo y, en última instancia, de las decisiones empresariales.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Sobre la base de las consideraciones anteriores, no puede extrañar que la impresión inmediata, de quien observe los acontecimientos europeos del último decenio, sea la de un desorden y de una desorientación creciente, tanto a nivel político como a nivel social. Tampoco asombra que en estas sociedades haya reafiorado el uso de la violencia en los conflictos políticos y sociales, como fenómeno endémico cuya expresión exterior -de alguna manera autonomizada respecto al tejido de relaciones de la que surge- sea el terrorismo minoritario organizado. Pero, lo que considero que debe decirse -más allá de toda la retórica y las instrumentaciones políticas que surgen de este estado de cosas- es que el mismo grado en que *todas* las clases sociales, en formas y con intensidades distintas, están involucrados en la crisis actual, hace ménos posible cualquier intento de poner un membrete de derecha o de izquierda a estos fenómenos, reduciéndolos a una única matriz política.

No hay duda que mucha responsabilidad de la desorientación, de la pobreza teórica y de la impotencia estratégica que caracteriza a muchos de los llamados "partidos armados" (y seguramente no todos: es necesario ser ciegos, o víctimas de la propaganda burguesa, para confundir fenómenos como las Brigadas Rojas Italianas o la Fracción Armada Roja Alemana con realidades políticas radicadas como la ETA o el IRA) debe ser atribuida a los errores, debilidades, inseguridades y retrasos, tanto de los nuevos como de los viejos partidos de izquierda. No hay duda además, que no pocos de los acontecimientos y de los episodios más clamorosos de violencia terrorista de los últimos 10 años, son todavía hoy de origen incierto. Y que las investigaciones al respecto, han revelado enlaces muy turbios en los cuales, tanto la delincuencia organizada como las policías y los servicios secretos de los Estados, han jugado indudablemente papeles no secundarios.

Ese conjunto de fenómenos nos obliga, también, a un análisis más profundo de las contradicciones sociales que la crisis económica ha agudizado y que -para concluir-intento resumir aquí, reagrupándolas en cuatro órdenes distintos, con la obvia advertencia de que en su evolución concreta se presentan estrechamente entrelazados e interdependientes.

a) *Contradicciones internas al proletariado*, las cuales -sobre todo a causa del empeoramiento de las condiciones del mercado del trabajo y de las transformaciones en la estructura ocupacional-involucran también y no marginalmente, capas sociales no proletarias en vía de sindicalización (22). De ese tipo son las divergencias de intereses inmediatos entre grupos

del ejército obrero activo, en distintos sectores, o entre capas diversas del mismo sector, o entre trabajadores que practican formas de doble trabajo para hacer frente a la reducción de los salarios reales, y trabajadores pertenecientes a las capas crónicamente débiles respecto al mercado de trabajo "primario". Un capítulo especial de ese mismo orden de contradicciones, que merecería una profundización cuidadosa, se refiere a las relaciones entre campesinos no proletarizados y clase obrera y, entre artesanos y clase obrera (23).

b) *Contradicciones internas a las clases dominantes*, que se refieren a los problemas de las relaciones entre sectores monopolistas y sectores concurrenciales en los distintos países. En términos esquemáticos las raíces de ese orden de contradicciones podría individualizarse en el hecho de que en la actual situación económica, caracterizada por fuertes corrientes inflacionistas, el primer sector considera de interés primario el mantenimiento y el aumento de los niveles de productividad y, en consecuencia, se muestra disponible para delegar al Estado cualquier iniciativa de negociación que garantice ese objetivo -incluso a costa de un aumento del peso de los sindicatos en la reglamentación de las relaciones industriales-mientras el segundo, muestra un fuerte temor hacia esa última posibilidad.

c) *Contradicciones entre el frente capitalista en su conjunto y sus representantes a nivel político y estatal*. El ejemplo de Europa hoy, parece mostrar con claridad que uno de los efectos relevantes de la contradicción intercapitalista es la apertura de una serie de cuarteaduras en las distintas estructuras políticas e institucionales nacionales. El aspecto más vistoso de estos procesos, es el aparente regreso a la luz, de "cuerpos separados del Estado", cada uno de los cuales parece operar según una lógica particularista propia que tiende a sustraerlo, al menos en parte, a la influencia de los organismos normales de mediación de nivel superior, justamente en los sectores donde la tarea principal sería garantizar el control eficiente, de cualquier tendencia a una recomposición política de las distintas fracciones de proletariado.

d) *Contradicciones entre proleariado y sus actuales organizaciones*, sobre las cuales no considero oportuno intervenir más, tomando en cuenta que este tema ha sido en realidad nuestro argumento central, aunque enfrentado probablemente de una manera demasiado esquemática. Ese problema será objeto de discusión y de reflexiones ulteriores en el curso de este seminario.

NOTAS

1) Derivo esta impostación general de dos fuentes: H. Braverman, *Lavoro e Capitale Monopolistico*, Einaudi, Torino 1978; J. O'Connor, *La crisi fiscale dello Stato*, Einaudi, Torino 1978; Véase también: E.O. Wright, *Class, Crisis and the State*. Schocken Books, New York 1979.

(2) Un ejemplo históricamente relevante de las consecuencias relativas de esa ideología, es la dificultad para analizar de manera convincente la estructura social de los países "del socialismo real". A ese propósito considérense las relaciones presentadas en este seminario por Edoardo Masi y Bernard Chavance. Parece útil a ese propósito una hipótesis Marx-engelsiana muchas veces retomada por los comunistas yugoeslavos después de la segunda guerra mundial: que la *superación revolucionaria* de la forma social capitalista habría podido desembocar en dos direcciones alternativas: la de la construcción del socialismo o la de la instauración de una nueva forma de organización estatal mucho más compacta, totalizadora y opresora, tanto a nivel social e institucional como también en la esfera de las relaciones sociales de producción.

(3) Al menos por 50 años de historia del movimiento obrero en la ideología dominante -perfeccionada sobre todo por Stalin- el trabajo de masa ha sido entendido, en cambio, como una relación en sentido único, en la cual un *sujeto* (el partido) desarrolla una serie de iniciativas que tienen como objetivo hegemonizar un *objeto* (la clase obrera y el conjunto de capas sociales no proletarias que a ella se agregan en las distintas fases) y guiarla hacia el *objetivo final* (el Socialismo).

(4) Considerada la experiencia de medio siglo de historia y las contradicciones que han ido acumulándose, tanto en las relaciones entre partidos y clase en los países capitalistas, como en los acontecimientos ligados a la gestión del poder político y económico en muchos países, por parte de los partidos marxistas, no parece casual que dentro del movimiento obrero internacional se hace actual, otra vez, una instancia de revisión radical de los modelos tradicionales de participación política activa. Esto parece empujar hacia una reestructura de los textos de Marx y Engels, en los cuales la militancia se presenta como esfuerzo colectivo dirigido a mejorar las condiciones de vida (o sea, a responder a las necesidades históricamente determinadas de los individuos y de la colectividad) dentro del marco de las relaciones de producción existentes, poniendo en evidencia, al interior de ese tipo de lucha, las razones que empujan hacia adelante y que tienden a romper el mismo cuadro. La importancia teórica y estratégica de ese proble-

ma específico está atestiguada por el hecho de que constituye seguramente, uno de los hilos de reflexión comunes a corrientes, por muchos aspectos, distintas e incluso antitéticas del marxismo contemporáneo: de la escuela de Budapest a los teóricos del "eurocomunismo", a muchos de los movimientos que en los países capitalistas se han inspirado en la revolución cultural china, y a las razones y contenidos expresados por las luchas populares en distintos países "socialistas".

(5) Un examen de las líneas generales en que se ubican estas posiciones se puede encontrar en la ponencia presentada por Fernández Huey a este seminario.

(6) Los mismos fascismos, por otro lado, habían desarrollado líneas de política económica que habían provocado modificaciones estructurales irreversibles: afirmación definitiva de la industria como sector central de las economías -sino en términos de estructura de la ocupación, por lo menos en términos de incidencia sobre el producto nacional bruto; papel protagónico directo del Estado, y amplias modificaciones de las relaciones entre capas empresariales y burocracia pública.

(7) Piénsese por ejemplo en Alemania (tanto occidental como oriental) en la cual, al término de la guerra, quedaron destruidos gran parte de los centros urbanos e industriales. Muy distinta era la situación italiana donde los bombardeos de las ciudades habían terminado antes y donde los actos de sabotaje y destrucción (sobre todo de las vías de comunicación y de las fábricas, por parte de las tropas alemanas de ocupación en la última fase del conflicto, habían sido eficazmente contrastados por las formaciones guerrilleras y por los mismos obreros.

(8) Nótese cómo a la luz de aquella categoría marxiana resulta clara la peligrosa ambigüedad del término "marginación". En efecto, la existencia de sobrepoblación relativa en el análisis de Marx, es cosa muy distinta de un sub producto marginal del proceso de acumulación, es, en cambio, una de sus condiciones esenciales (K. Marx, *II Capitale*, Libro I, Sección VII, Capítulo XXIII).

(9) Naturalmente las implicaciones de este proceso se pueden encontrar en distintos planos: desde la fuerte reducción de las inversiones hasta la reducción de los niveles técnicos y tecnológicos de los niveles de sindicalización etc. A este propósito, para un examen menos apresurado, véase por ejemplo: P. Corner, *Agricoltura e Industria durante il fascismo*, en *Problemi del Socialismo*, 11-12, 1972; G. Mottura, *Lo sviluppo della agricoltura in Italia*, en *Sapere*, 812, 1978; G. Mottura-E. Pugliese, *Ca-*

pitalistic Agriculture and capitalism in agriculture, en F.H. Buttel-H. Newby. *The Rural Sociology of Advanced Society: A Critical Perspective*, Montclair, New Jersey, 1980.

(10) Por desempleados se entiende aquí aquellos que en las páginas anteriores se han llamado "desempleados reales", los cuales -en términos de figuras sociales- comprenden, tanto los desempleados explícitos, como el amplio abanico representado por trabajadores cuya remuneración es nétamente inferior a la tasa media del salario corriente, y cuyo lugar de trabajo aparece como precario y escásamente tutelado bajo el perfil jurídico sindical.

(11) Para un análisis más profundo de los datos relativos a niveles y estructuras del empleo en Europa, en aquel periodo y en la fase posterior, véase, por ejemplo, el ensayo de G. Brosio-M. Salvati, *Labour, industry and the State: Politics and Market in a Depressed European Economy*, unpublished paper, Modena, 1979. A propósito, en Italia véase: L. Meldolesi, *Disoccupazione ed esercito industriale di riserva*, Laterza, Bari 1972; M. Salvati, *Sviluppo Economico, domanda di Lavoro e struttura dell'occupazione*, Il Mulino, Bologna 1976; M. Salvati, *Il sistema economico italiano: analisi di una crisi*, Il Mulino, Bologna, 1975; G. Mottura-F. Pugliese, *Agricoltura, Mezzogiorno e mercato del lavoro*, Il Mulino, Bologna 1976; A. Graziani, *L'economia italiana dal 1945 ad oggi*, Il Mulino, Bologna 1979.

(12) En el caso italiano se privilegiaron la industria metalmeccánica, la química y la siderúrgica. Originalmente la participación estatal se limitaba a ese último sector, pero a comienzos de los años 60 empezó una fuerte participación en el sector químico. En cambio, en el sector metalmeccánico la presencia de capital público, aunque relevante, nunca rebasó los niveles que pusieran en discusión la hegemonía de los grandes grupos privados como la FIAT o la Olivetti.

(13) A ese propósito véase: C. Daneo, *La politica economica della ricostruzione*, Einaudi, Torino 1975; A. Graziani, Op. Cit.: G. Mottura, *Implicazioni sociali della politica agraria negli anni cinquanta*, en *Rivista di Economia Agraria*, 4, 1979.

(14) No debe olvidarse que, incluso en esos países, se mantiene la marginalidad de componentes pequeñas de la oferta potencial (por ejemplo la fuerza de trabajo femenil) respecto al mercado de trabajo. Pero en esos países el fenómeno ha sido interpretado por mucho tiempo como efecto de una rigidez de la oferta debido a los altos niveles de ocupación y de salario.

(15) En referencia a las observaciones que siguen, reconozco mi deuda hacia el ensayo de Brosio-Salvati ya citado.

(16) Además de las obras ya citadas, una información y una discusión regular acerca de los procesos del mercado de trabajo y de la estructura ocupacional, con referencia al caso italiano, ha sido proporcionada por el periódico *Tendenze della occupazione* y por la revista *Economia del lavoro* publicados por el Centro Ricerche Economiche E Sociali della Confederazione Italiana Sindacati dei Lavoratori (que adhiere a la CISL internacional), dirigidos por Luigi Frey. Otras contribuciones, estudios y materiales de investigación sobre los aspectos nacionales e internacionales de estas problemáticas, consideradas desde el punto de vista del movimiento obrero, se pueden encontrar por ejemplo en las revistas *Inchiesta*, *Quaderni Piacentini*, *Problemi del Socialismo*, *Quaderni di Economia del Lavoro*, *Rassegna Sindicale*, *Agricoltura e lotta di classe*, *Agricoltura e Società*, *Monthly Review*, (ed. Italiana), y otras.

(17) No parece conveniente -sobre todo por razones de tiempo-, desarrollar aquí las conexiones evidentes y las posibles diferencias respecto al análisis de Braverman acerca del significado de los procesos de decalificación de la fuerza de trabajo que acompañan al desarrollo de los fenómenos de los cuales se está hablando. Sin embargo, puede ser útil subrayar que donde -como en Italia en la última década- estas tendencias se han fortalecido, no aparecen como indicadores de un "atraso histórico", sino más bien como las connotaciones estructurales de una fase que sigue los años del boom económico, en el curso de los cuales la industria se ha convertido -por primera y definitiva vez- en el sector central, incluso desde el punto de vista de la ocupación. Esta última circunstancia obviamente plantea límites precisos a las analogías posibles con el periodo de la post-guerra, cuando casi la mitad de la población activa italiana y la mayoría de los trabajadores sindicalizados, se concentraba en la agricultura. Por ejemplo parece significativo el hecho de que en el último censo de 1970 los ocupados en Italia resultarán inferiores en 300 mil unidades respecto a 1950, frente a un aumento de la población de más de 7 millones, y que a eso no correspondiera ni un aumento del desempleo explícito (sino un aumento de la población no activa) ni una disminución del ingreso medio sino un incremento respecto a 1950. A este propósito véase por ej: S. Vinci *Il mercato del lavoro in Italia*, Angeli, Milano 1974.

(18) Cfr. Salvati-Brosio, op. cit.

(19) Es interesante notar que esa tendencia -que aparece como uno de los desarrollos del llamado eurocomunismo- implica la asunción, siempre más decidida, por parte del PCI, de una posición de no alineación parecida a la yugoslava: es significativo en ese sentido el modo en que ese partido plantea la retoma de las relaciones con China, acentuando

su distanciamiento de la esfera de influencia soviética pero sin compartir la opción de campo hecha por el PC Chino.

Es preciso, sin embargo, subrayar que una opción coherente en esta dirección parece implicar para el futuro, el abandono gradual de la política del *compromiso histórico*. Si el PCI llevara a cumplimiento un diseño de ese tipo es fácil prever que ello tendría consecuencias muy amplias sobre los bloques políticos europeos occidentales, favoreciendo el desarrollo y la consolidación de un sistema político subcontinental basado sobre el bipartidismo. En esta perspectiva y para comprender las implicaciones que ello tendría desde el punto de vista del proletariado, parece más importante profundizar el análisis de la estratificación interna del mismo proletariado y el estudio de las contradicciones que ello implica para el movimiento obrero organizado.

(20) Lo que sigue debe ser leído teniendo en cuenta que -no obstante que las diferencias históricas institucionales e ideológicas entre los distintos sindicatos europeos constituyen una realidad visible- estas diferencias no pueden considerarse como un elemento inamovible y definitivo. Esto significaría ignorar algunos elementos tendencialmente unificadores, a nivel de reflexión y de orientaciones prácticas, que aunque estén todavía fragmentados y políticamente marginales en apariencia, podrían recibir un notable impulso de los problemas planteados por la crisis.

En esta una de las razones que parecen aconsejar, en esta fase, una consideración más atenta de las dinámicas internas a los grupos dirigentes sindicales de los puntos alrededor de los cuales se van polarizando las discusiones a estos niveles, y de todas las iniciativas -incluso si en apariencia son poco importantes en referencia a los comportamientos inmediatos- de análisis y debate que son promovidas por los sindicatos a escala europea.

Ejemplos interesantes de intercambio de este tipo han sido dos encuentros promovidos en los últimos dos años por la CISL italiana sobre los temas de la reducción del horario de trabajo y de la gestión del tiempo de trabajo. Finalmente no parece ser extraña a los graves problemas de relación con las respectivas bases, problemas agudizados por la crisis, la intensificación y multiplicación de las iniciativas de investigación sociológica y económica promovidas por los mismos sindicatos, tendencia que actualmente se da en todos los países europeos.

(21) A la larga estos se han revelado más graves en la medida que, por un lado, -en el segundo caso- ha conducido a considerar ausente del mercado de trabajo nacional una fracción de la clase obrera que en cambio no lo es nunca totalmente, dado el elevado *turn over* que caracteriza este tipo de emigración mientras, por otro lado, ha obstaculizado en general la formación de una plena conciencia

acerca de las transformaciones que se han registrado en la composición y en el comportamiento de la sobrepoblación relativa (conciencia que en cambio los capitalistas europeos han mostrado tener en muchas oportunidades). Entre las aparentes paradojas generadas por esta situación se puede recordar por ejemplo que en el curso de los años 70 los más firmes y "equilibrados" sostenedores de los grandes méritos de los trabajadores extranjeros en la edificación de la economía alemana "y los más convencidos defensores" de los derechos de estos trabajadores contra las posiciones "corporativas" de los sindicatos nacionales, fueron justamente los órganos de prensa de la gran burguesía alemana (los mismos órganos que en la crónica de cada día -o sea cuando en apariencia no hablan ni de política ni de economía- alimentan de mil formas los elementos de división cultural entre los distintos repartos y estratos del proletariado).

(22) Considerando el carácter esquemático de esta ordenación, deliberadamente no distingo aquí entre radicalización de derecha o de izquierda. Es necesario entender que -aún existiendo en conjunto ambas posibilidades- no se refieren en la misma medida ni en las mismas formas a cada uno de los estratos y de los grupos (tanto pequeño-burgueses como sub-proletarios) hacia los cuales se puede dirigir una investigación en este sentido. Pienso también, si es necesario aclarar, que en la mayor parte de los casos uno u otro resultado (convertirse en aliados de la clase obrera o en tropas de choque de la burguesía capitalista) no pueden ser considerados como determinados *a priori*, sino que dependen tanto de los comportamientos y de las líneas políticas del movimiento obrero, como de la capacidad de maniobra articulada de los bloques dominantes, en el desarrollo de sus líneas represivas.

(23) Para lo que se refiere a los agricultores (excluyendo en este caso obviamente a los empresarios capitalistas en sentido estricto) tales relaciones pueden reagruparse en cuatro tipos: aquellas que los ligan, como productores de bienes salario, a los proletarios de todo tipo en cuanto consumidores de estos bienes; aquellas que los ligan, como compradores de medios de producción, con los trabajadores de los sectores industriales que producen tales bienes; aquellas que los ligan, como responsables de empresas agrícolas, con la fuerza de trabajo que irregularmente se emplea en estas empresas; y aquellas que los ligan, como capa de trabajadores que ofrecen parte de su propia fuerza de trabajo en el mercado, con los otros tipos de trabajadores que gravitan en las mismas áreas del mercado.

Referente a los artesanos, cuya situación sólo en parte se asemeja a la anterior, se añade un hecho muy importante, desde el punto de vista de las relaciones entre las clases: aunque se trate, en larga medida, de figuras definibles como trabajadores manuales calificados que desarrollan actividades

autónomas, desde el punto de vista de la clase obrera aparecen a menudo como una capa empresarial que saca más ventaja que otras, de la existencia de un gran ejército industrial de reserva del cual surge la mano de obra que requiere. Y seguramente no es poco importante -en esta situación-la

circunstancia de que se trate en distintos países (Italia y Francia por ejemplo) del estrato no proletario, hacia el cual se ha orientado más insistentemente, recogiendo los mayores éxitos, la política de alianzas de los partidos históricos de la izquierda marxista.